

Antonio de Ciudad Real

“De cómo salió la flota del puerto de San Juan de Ulúa y llegó al de La Habana”

p. 409-412

Antonio de Ciudad Real

Tratado curioso y docto de las grandezas de la Nueva España. Relación breve y verdadera de algunas cosas de las muchas que sucedieron al padre fray Alonso Ponce en las provincias de la Nueva España siendo comisario general de aquellas partes

Tomo II

Josefina García Quintana y Víctor M. Castillo Farreas (edición, mapas, apéndices, glosarios, índices y estudio)

Tercera edición

México

Universidad Nacional Autónoma de México
Instituto de Investigaciones Históricas

1993

484 p.

(Serie Historiadores y Cronistas de Indias 6)

ISBN 968-36-2810-9 (obra completa)

ISBN 968-36-2811-7 (tomo II)

Formato: PDF

Publicado en línea: 23 de noviembre de 2018

Disponible en:

http://www.historicas.unam.mx/publicaciones/publicadigital/libros/156_02/tratado_curioso.html

D. R. © 2018, Universidad Nacional Autónoma de México-Instituto de Investigaciones Históricas. Se autoriza la reproducción sin fines lucrativos, siempre y cuando no se mutile o altere; se debe citar la fuente completa y su dirección electrónica. De otra forma, se requiere permiso previo por escrito de la institución. Dirección: Circuito Mtro. Mario de la Cueva s/n, Ciudad Universitaria, Coyoacán, 04510. Ciudad de México



INSTITUTO
DE INVESTIGACIONES
HISTÓRICAS

hizo enviar con que se pagó el flete para sí y para sus dos compañeros, llevando en él la cámara de popa, con tres camalechos y un corredorcito, y una despensilla para el matalotaje; el cual era moderado y se lo habían dado entre cuatro o cinco personas devotas, y fue Dios servido que hubo para todos tres y para dar a los necesitados y a otras personas del navío, y aun para dejar en el primer convento de España donde desembarcamos.

[CAPÍTULO CLXXV]

*De cómo salió la flota del puerto de San Juan de Ulúa
y llegó al de La Habana*

Estando la flota aprestada de vergas en alto para hacerse a la vela, mandó el general, domingo en la tarde, once de junio, disparar una pieza de artillería para que todos se embarcasen, con intento de salir otro día del puerto. Embarcóse la gente, pero faltó tiempo el lunes y así no pudo salir la flota, con que algunos que no estaban despachados se holgaron mucho, pero a los más daba pena ver que no saliese, así por las calmas y malos vientos que suele haber desde allí hasta La Habana, cuando sale tarde, como por los recios temporales que asimesmo suelen reinar en las costas de España, en comenzando a entrar el invierno.

Martes por la mañana, trece de junio, día de San Antonio de Padua, disparó la capitana otra pieza para que todos se recogiesen a sus naos, porque aunque algunos les parecía que no había viento para salir, y otros no quisieran salir en martes, diciendo ser día aciago, al general pareció lo contrario, y no curando de agüeros ni abusiones, mandó que saliese la flota. Hízose así, y comenzaron a largar las velas como a las nueve de la mañana, y aquel día se hizo a la vela y salió del puerto toda la flota, en la cual venían veintinueve velas; las veintisiete para España, y una para Puerto Rico y otra para La Habana; dos éstas venían de armada, que eran capitana y almiranta, para defensa de las demás. Salió pues la flota con un ventecito favorable, aunque flojo, y caminó con tanta bonanza de mar la vuelta del norte, tan poco a poco y con tanta quietud y sosiego, que afirmaban todos no haber jamás visto en ningún otro viaje la mar tan quieta y sosegada como entonces. Venían entre las demás algunas naos zorreras, a las cuales fue menester venir aguardando, y por esto se detenía la flota y no caminaba tanto. Dos éstas comenzaron a

hacer tanta agua, que se pusieron de mar en través y amainaron todas las velas, y tuvieron necesidad de que la capitana y almiranta las socorriesen, dando orden de aguardar toda la flota, hasta que con buzos y otras diligencias les tomaron el agua y las remediaron, y así pudieron seguir a las demás. Con este tan quieto y apacible tiempo caminó toda la flota por espacio de veinticinco días, yendo todas las naos como si fueran a bodas o a alguna fiesta, pescando muchas maneras de peces, especial unos que llaman dorados, que son grandes, de arroba y de arroba y media y aun de dos arrobas y mayores, muy hermosos y de muy buen gusto y sabor. Éstos los pescan con fisgas cuando acuden sobre aguados, y había algunos tan diestros en fisgar, que desde lo alto de la camareta de popa los clavaban y subían arriba; también los cogían con anzuelos, cebándolos con alguna carnaza puesta en ellos, y dando saltillos, con que los engañaban y hacían creer que fuesen pescadillos que iban huyendo dellos, y así se abalanzaban al cebo y le cogían en el aire, y quedaban presos en el anzuelo que estaba encubierto. Al cabo pues desde tiempo llegó toda la flota a ponerse en altura de veinticinco grados, y aún más, que era la que habían menester para virar para La Habana, y poco después se desaparecieron dos naos, apartándose de las otras, una de las cuales era en la que venían los seis frailes que enviaba el padre comisario a España, pero después tomaron el puerto.

JULIO Sábado ocho de julio proveyó Dios de un viento vendaval,
1589 tan recio y largo, que pudo con él atravesar toda la flota
 casi todas las corrientes que van a dar a la canal de Baha-
 ma, y el domingo de mañana nueve del mismo, aunque
 estaba muy nublado, descubrieron la tierra de La Habana, y con mucho
 contento fueron prosiguiendo su viaje para poder reconocer qué parte
 fuese de la isla la que habían descubierto; pero a esta sazón y coyuntura
 sopló viento contrario, por lo cual, y porque llegaba ya la noche, dejó la
 capitana de proseguir aquel rumbo y se volvió a la mar, y tras ella las
 demás, y caminaron toda aquélla con aquel viento, que refrescó mucho,
 y con las grandes corrientes, que cuando amaneció el lunes, diez de julio,
 ni se parecía la tierra ni estaba ya nao con nao, sino cada una por su
 parte, aunque las más procuraban seguir a la capitana, que iba de una
 vuelta y de otra; pero nuestra nao Santa Inés, en que venía el padre
 Ponce, o porque no le dio lugar el tiempo, o por descuido de los que la
 regían, no la pudo seguir ni aun juntarse con las otras; y así, cuando llegó
 el martes once, se halló sola, aunque aquel día y el siguiente pudo ver de
 muy lejos otras dos, mas no le fue posible juntarse con ellas, por lo cual
 los que en ella veníamos quedamos muy desconsolados y afligidos, ma-
 yormente porque todos aquellos tres días hubo calma o viento contrario,

y cuando ventaba a propósito, era muy flojo, y luego escaseaba y aun cesaba, y así nos llevaban las corrientes a más andar a la canal Bahama; y temiendo desembocar antes de tomar el puerto crecía la aflicción y desconsuelo, porque hacía ya la nave alguna agua, y de dos bombas que traíamos se había quebrado la una, y no servía de podrida, y aun se comenzaba ya a sentir falta y necesidad de agua beber, porque creyendo que se tomara presto el puerto no había habido orden ni concierto en gastarla, y si entonces desembocábamos no podíamos tomar resfresco hasta la isla de la Tercera, si no fuese que con algún temporal diésemos en la costa de La Florida, donde también había peligro y no pequeño.

El mismo martes en la tarde, poco antes que el sol se pusiese, descubrieron los de nuestra nao por la parte de popa, a la banda del nordeste, cuatro isletas, y diciéndole al piloto su forma y situación creyó ser las Tortugas, que son unos bajíos que van las flotan, y aun todos los que navegan aquella carrera, a reconocer, porque halladas éstas es muy fácil la navegación de allí a La Habana que dista dellas no más de treinta y cinco leguas, y cuando no las reconocen sino que quieren atravesar sin tocar en ellas se suelen tardar mucho en el viaje, y se padece mucho trabajo y [.] por reinar allí muchas calmas, y sin querer ni sentirse los llevan las corrientes a la canal de Bahama donde desembocan; creyendo pues el piloto que aquellas fuesen las Tortugas, hizo viaje hacia donde entendía estar La Habana, aunque no muy contento por hallarse en tan mal paraje; aquel día se echó llave al agua y se comenzó a dar tan solo media azumbre a cada persona para todo el día, con que algunos se comenzaron a inquietar.

Miércoles en la tarde, poco antes que el sol se pusiese, descubrimos por popa unos cayos o isletas, con que consoló la gente, pareciéndole ser tierra de La Habana, y creyendo el piloto que eran ciertos cayos que están junto al cabo de San Antón, cincuenta leguas abajo de La Habana, viró luego con ánimo de dar vuelta para la misma Habana, pero, porque calmó el viento y las corrientes eran muy recias, tornamos cuando amaneció el jueves, trece de julio, a ver las islillas que pensaban ser las Tortugas, y aunque parecía cosa dificultosa de creer, que en poco más de una noche hubiese atravesado la nao desde junto al cabo de San Antón hasta las Tortugas, con tan poco viento, con todo esto lo afirmaba el piloto, echando la culpa a las corrientes, diciendo que ellas habían llevado al navío. Asentado pues esto en su imaginación, viró a la banda del esueste, y yendo así, a la tarde temprano tornaron los de la nao a descubrir desde encima de la vela de gavia, los mismos cayos que la tarde antes, por la banda del poniente, y habiéndolos visto el mismo piloto y

marcado, se certificó en que no eran los que habían imaginado, sino otros que están junto a la costa de La Habana, arriba de un puerto que llaman Matanzas, en la canal vieja, por la cual se solía navegar para España y por no ser buena se ha dejado, y entendió que todos aquellos días habíamos estado metidos en ella, y que misericordiosamente nos había sacado Dios de aquel peligro, y decía que si hubiéramos entrado en la canal nueva hubiéramos ya desembocado por correr más en ella las aguas; luego mandó virar para el poniente, y con buen tiempo que el Señor nos envió, fuimos aquella noche montando aquellos cayos, y cuando amaneció viernes catorce de julio, día de San Buenaventura, descubrimos la tierra de La Habana, y se conocieron las sierras de Matanzas, y prosiguiendo nuestro viaje, prolongando la costa, nos acudió a medio día la virazón que fue viento nordeste, con que caminamos mucho con gran contento de todos, viendo que nos acercábamos a la tierra y al puerto que deseábamos. A la tarde aflojó el viento, y así caminamos muy poco aquella noche, aunque a la media de ella acudió un terral, con que poco a poco fuimos costeando tierra a tierra el sábado quince hasta medio día. Entonces volvió la virazón como la tarde antes, con la cual tomamos el puerto de La Habana a las tres de la tarde, y apenas habíamos entrado en él cuando calmó el viento y vino un aguacero, que a cogernos fuera no nos le dejara tomar, a lo menos aquella noche. Hallamos surta en el puerto la flota que, aunque a pedazos, unas naos a once, y otras a doce y otras a trece del mismo mes, todas le habían tomado, excepto dos que faltaban; una de las cuales le tomó el domingo siguiente, mas la otra, sin tomarle, desembocó la canal y vino a España con buen tiempo, y libre de tormentas y peligros.

[CAPÍTULO CLXXVI]

De cómo el padre Ponce salió en tierra y se aposentó en nuestro convento de La Habana, y de algunas cosas que allí sucedieron entre los frailes

Llegó al puerto de La Habana la nao en que venían los seis frailes de México, antes que la en que venía el padre Ponce, y asimesmo otra en que venía nuevo guardián y muchos moradores para aquel convento, todos los cuales salieron luego a tierra, y llegados al monasterio se aposentaron en